

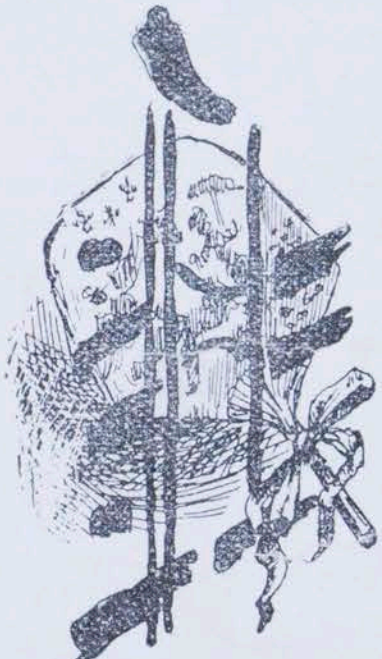


EL FIGARO

Periódico Literario y Artístico

HEMEROTECA
RESERVA

Almas solas y casas vacías



YER pasé por la solitaria plazuela, y como en otros tiempos, en mis buenos tiempos de amoríos callejeros, me senté en la banca de palo, despintada y polvosa, bajo el fresno raquíutico que parece un abierto paraguas verde enterrado en medio de aquel sahara de barrio. Había llovido por la mañana; heridos por el sol entre las chispeantes arenas, sobre los montículos de húmeda basura, á orilla de las charcas color de sepia, centellaban fulgores de cobre, relampagueos de vidrio, púas de plata, súbitas ráfagas de esmaltes azules, repentinas vetas irizadas. todo un museo pitorécnico desparramado por el suelo, todo un deslumbrador juego de Bengala, encendido por la picaresca luz del Poniente.

El cuadrilátero de casucas, cuyas fachadas recién lavadas por la lluvia, entonaban en el aire fresco la blancura de sus muros enjabelgados, formaba un cerco alegre á la plazoleta: las angostas ventanas de mochetas pringosas, rotas al capricho con deliciosa simetría, semejaban—abiertas de par en par—ojos guiñadores—y entrecerradas—bocas maliciosas y risueñas.

¡Qué cariñosamente nos acarician las cosas después de muchos años de olvido! ¡Con qué dulzura nos saludan los Figares vueltos á ver, tras una ausencia alargada por la intensa fiebre de la vida. La inanimada fidelidad, la constancia inmóvil de todos los objetos que nos rodearon en épocas felices, nos produce, cuando volvemos de regreso del país azul, una gozosa melancolía. La ilusión, el amor, la vida ¡qué pronto huyeron! El espíritu es descontentadizo y caprichoso: jamás quiere quedarse con las cosas que amamos. ¡Ata tus alitas, abeja de oro, ilusión de cariño bueno, con esa cinta de musgo—hilo de esmeralda—que se balancea en la roja cornisa de la casa. ¡Prende tu perfumado ramillete, beso blanco del viejo marco de la vidriera!

Pero ya todas habéis huido voladoras mariposillas que anidabáis en estas piedras... No es cierto que la memoria, ese almacén de guiñapos descoloridos, os preste abrigo, sueños juveniles! ¿De qué me sirven los recuerdos empolvados que habitan las negras cavernas del cerebro, como toneles exhaustos en los rincones de la solitaria taberna?

... Y nada hay muerto aquí: el brocal desgastado de la fuente, el fresno, la banca, la ventana, me dan las buenas tardes, como se tiende la mano al antiguo camarada.

Sólo que ya no asoma por sobre el alfeizar verdinegro el pálido rostro, angelicalmente vulgar, de la primera musa.

Un poco borrada, desvaneciéndose en la azulosa neblina que cubre lo pasado como un brumoso horizonte, aparece en mi alma: no tiene facciones precisas este semblante que veo dentro de mí; cerrando los ojos, intento seguir con el fino pincel de mi deseo el contorno de esta miniatura apagada. Imposible! La guardo en el fondo de mis tristezas y de mis goces, pero ya casi sin colores ni perfiles, como el abuelo guarda en el fondo de la gaveta de caoba el retrato de la amada de su corazón; dentro de la caja de palisandro, sobre el cristal opaco que ya no más conserva el muriente rubor de las mejillas y la mancha oscura de la abundante cabellera.

Las pupilas empapadas en lágrimas vuelven á las líneas que se borraron; mas ¡ay! qué tarea tan difícil, qué labor tan pesada ésta de dibujar los perfiles de los retratos que se descoloran y de retener las impresiones que se van!

Yo he oído no sé donde, tocar un wals: se llamaba "wals de las horas". Tras un preludeo lento y cansado, con algo de marcha funeral, se precipitaba un vértigo de notas, una catarata de melodías, una extraña carrera de compases en fuga; los sonidos impacientes, encabritados, rabiosos, corrían como lebreles locos en una fantástica cacería.—¡Halali! ¡halali!... Allá iban tendidos, jadeantes, saltando sotos, brincando arroyos, deslizándose por entre las intrincadas ramazones de la selva, persiguiendo al ciervo invisible que creían ver sobre la línea siempre remota en el horizonte.

El wals terminaba con un golpe seco; el derrumbe de las notas, la caída al abismo de las desenfundadas armonías.

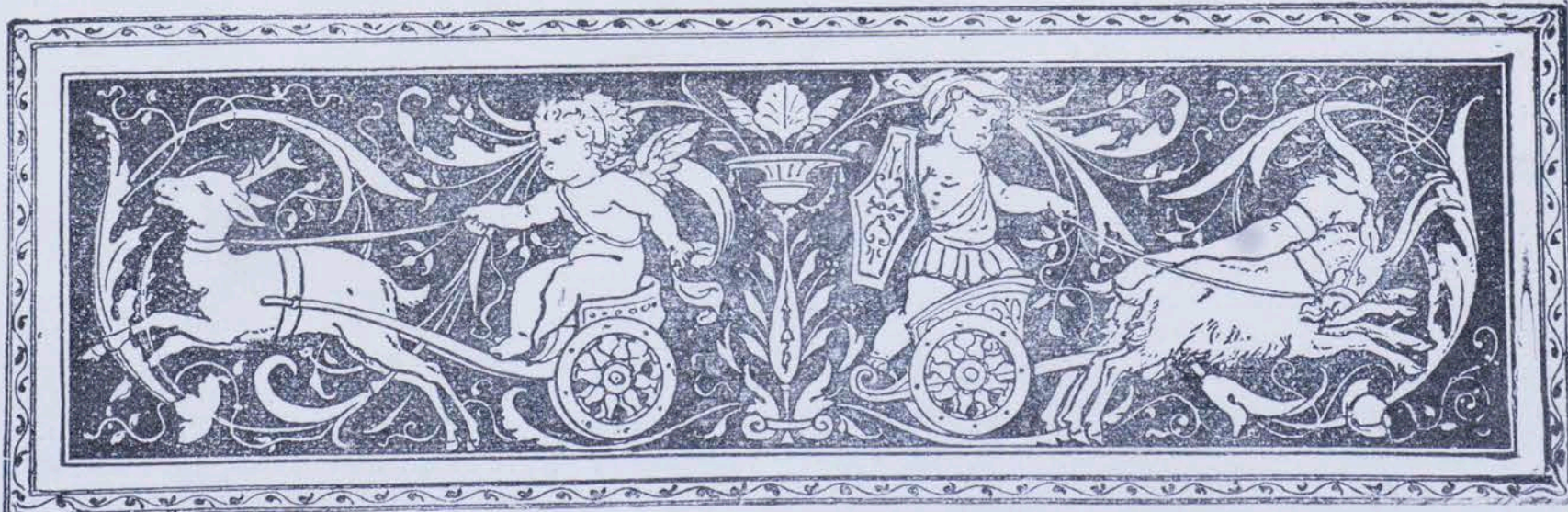
Y así como esa música oída no sé dónde—tal vez en la soledad de una noche de pena, tocada por el martillo del pensamiento sobre la sonora lámina de las sienes—á compás vertiginoso, á galope tendido, van pasando mis horas persiguiendo el recuerdo fugitivo.

Toca tu wals, memoria, pero no tan aprisa! ¡quiero contemplar esos deslumbrantes minutos de gloria que llevan palmas; ese instante de dicha que cruza sonando besos, ese rato de meditación que pasa cantando estrofas, esas noches azules de las citas, esa puesta de sol de los juramentos! ¡Qué aceleración la de mi vida! ¡Qué precipitada carrera la de mis recuerdos!

Y mientras cayó la sombra, sentado en la banca polvosa, bajo el paraguas del fresno raquíutico, frente á la ventana vacía, procuré, en vano, delinear con el fino pincel del deseo, en el vaho azulino de lo pasado, el pálido semblante, angelicalmente vulgar, de mi primera musa.

(Mexicano)

LUIS G. URBINA.



* SUMARIO *

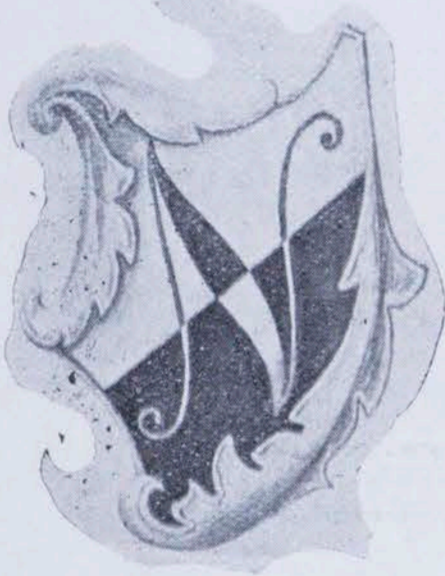
Texto: Almas solas y casas vacías, por Luis G. Urbina.—Nueva Santísima Trinidad, por M. Gutiérrez Nájera.—Sucre, por Piñango Lara.—El veguero y la guajira, poesía, por José E. Triay.—Sor Magdalena, poema, por V. Riva Palacio.—En la hamaca, artículo, por D. V. Tejera.—En la hamaca, poesía, por D. V. Tejera.—La Camapesina, poesía, por José S. Chocano.—Un libro clásico, por M. de la Cruz.—Chácharas, por M. E. Pardo.—Rimas aureas, poesía, por Sixto Morales.—Camino del Manicomio, por Melitón González.—El beso, poesía, por Franco del Todo.—Srta. María Dorticós.—CRÓNICA.—El regalo de EL FIGARO.—RETAZOS.—ANUNCIOS.

NOVELA PARA EL FIGARO: La aventura de Ladislao Bolski, por Victor Cherbulez, traducida por Enrique José Varona.

Grabados: El poeta de "La Hamaca."—Srta. María Dorticós.—Mr. y Mss. F. R. Swift, por Taveira.

PORTADA, por Amato.—Adornos, dibujos y Viñetas, por Henares, Held, Domingo, Taveira, Spencer y Manrique.

La nueva Santísima Trinidad



ÓTASE, leyendo los libros modernos, y más que todo, observando las ocurrencias sociales, que nunca ha vivido el hombre vida tan artificial como ahora. Hablo, por supuesto, del hombre que mejor conocemos, del que da color á la civilización, del hombre que vive en las capitales ó en las grandes ciudades. Este es el que tiene una personalidad propia y el que ejerce influencia efectiva en el desarrollo social. El otro, el hombre del campo, es el ser pasivo. Forma parte de la masa que modelan otros. Obedece á sus instintos; cumple sin objeción ni rebeldía las leyes de la herencia; no pone medio para modificar su idiosincracia: es como lo hicieron.

Busco, pues, la vida en su máximo de intensidad, allí donde está más arriba, más visible, y esa vida, en los días que corren es la que encuentro artificial.

Hasta me inclino á creer que ya no hay hombres ni mujeres, propiamente hablando, sino muñecos movidos por vapor ó por la electricidad. No seremos títeres; pero somos autómatas.

Jamás había necesitado la humanidad civilizada para vivir, para pensar, para amar, para reproducirse, de tantos excitantes como ahora. El hombre hoy necesita una fuerza extraña, un estímulo prestado que lo empuje; y otra fuerza enervante que lo postre y lo obligue á dormir y descansar. Pero por sí solo no hace nada, no se mueve: es un quinqué apagado. El mismo se echa aceite para brillar, para que los demás puedan verlo, llámese tal aceite alcohol, ó llámese café, ó llámese éter. Nunca se había usado y abusado tanto como hoy de los estimulantes y de los narcóticos. Parece que ya no podemos ni pensar, ni dormir sin ayuda de esas drogas. Nos curamos para enfermarnos diariamente.

Véase la estadística y se observará en qué proporciones sube el consumo del alcohol. La embriaguez ha sido positivamente la epidemia del siglo XIX. Y véase luego como aumenta el número de locos, de criminales, de suicidas, no en razón directa del crecimiento de la población, sino de la intensidad de esta neurosis que ha enfermado á todos.

El asilo más culminante de la humanidad es París. Allí es donde la vida suena y resplandece más. Pues bien estúdiense allí la vida moderna, puesto que ese es el punto más á propósito para estudiarla.

Desde el traje hasta la Exposición todo es lujo, es decir, vida para afuera. Desde el sermón hasta el discurso parlamentario todo es comedia. Más que una sociedad, aquello es un teatro. El hombre y la mujer viven para la calle: la ciudad vive para y por los extraños. Marido y mujer abren sus salones, porque, solos, se aburren: la ciudad también se fastidia y convida y llama á los extranjeros para que la aturdan. Hay en todo una inquietud nerviosa, una excitación febril, un deseo de brincar y de gritar, que no pueden ser naturales. Ese estado morboso se observa en los que han bebido con exceso, en los dementes, en los epilépticos, resumiendo, en las enfermos, pero no en la gente sana.

El crimen mismo reviste caracteres teatrales. No es el crimen antiguo, el crimen de melodrama, el crimen brutal, el crimen inocentón ó ignorante ó instintivo: no, es el crimen artístico, refinado, hasta elegante, el crimen que se escribe con coquetería. Jack el destripador es una bestia: Gabriela Bompard es una artista.

La literatura, que es el espejo de la vida social, da buena prueba en Francia de lo que llevo dicho. Todo ello es artificial, hasta el naturalismo que parece lo más macizo. Ya, antaño, cuando leía alguna novela de los hermanos Goncourt, me decía yo: esto es encantador, hechicero, no sé si lo gusto con los

ojos ó con los oídos, no sé si es mosaico ó música; pero esas palabras no son palabras, esas ideas no son ideas, esos personajes no tienen vida propia: estoy mirando vistas disolventes. Jorge Sand hablaba en francés. Estos señores hablan en otra lengua más bonita.

Pero ya ahora las preciosidades y rebuscamientos de los Goncourt se han quedado muy atrás. Lee uno á Peladan, por ejemplo, y se asombra de entenderlo, si es que se entiende. ¿Qué es ello? Francés no. Sin embargo, esta en francés. ¡Qué kaleidoscopio de palabras y qué descoyuntamiento de ideas! Diríase que la literatura francesa es ahora un admirable circo en el que hay atletas, trapecistas, *ecuyères*, *clowns*, arlequines, gimnastas que hacen extraordinarios juegos malabares que dan saltos mortales, que andan con las uñas de los pies por una cuerda y alzan, como Zola, pesos enormes en sus hombros.

Leo los versos de Verlaine, y me pregunto: ¿qué he leído? ¿No son versos?... unos no tienen rima... otros no tienen metro... el pensamiento está en algunos tan enharinado, que no acierto á distinguir sus facciones... me gustan porque acaso yo también padezco de esta vida moderna... pero ¿qué son?...

Leo deleitosamente las poesías de Catulle Mendès. ¡Qué encajes de aire! ¡Qué filigranas de sonidos! ¡Qué sinfonías de color! Pero ¿qué dicen...? ¡Puede eso traducirse...? Yo lo entiendo, porque todos estamos hablando en una lengua extraña, artificial y que no tiene nombre. Pero ¿lo entenderán nuestros descendientes?

En Francia hay actualmente pocos poetas sanos. Coppée y Sully Prudhomme—hablo de los ilustres— sí me lo parecen, por que Leconte de Lisle ya es, y acaso lo fué siempre un olvidado. La mayoría de los otros poetas es mayoría de enfermos. Rollinat ve gatos que lo ahorcan con la cola y perros que le encajan los colmillos en la carne. Richepin parece atacado del delirio de persecución y blasfema como un ebrio; otros andan con movimientos de loco queriendo atrapar una palabra nueva ó detener un sonido que se va, y esos me hacen el efecto de aquel demente que quería lazar un chorro de agua. Pero en el fondo de esas extravagancias hay algo morboso. Antes se decía que el genio es una enfermedad. Hoy hasta el talento es una enfermedad.

Revélase en toda esa literatura la presencia del alcohol, la de la morfina, la del éter. No hay verdadero amor ni verdadera voluptuosidad en ella. O son los instintos los que hablan brutalmente en tales libros, ó la imaginación de un hombre agotado que ya sólo goza con la imaginación. ¡Todo artificial! ¡Todos enfermos!

Zola ve todo lo feo muy grande... y le gusta lo feo. Los *simbolistas* y todos los que cultivan la literatura *budista*—hoy tan en moda— ven todo muy raro y egipciano. Maupassant y Bourget, escudriñan muy bien los corazones. Pero, ¡qué corazones tan complicados! No son de una pieza! Tienen pliegues y repliegues. Parecen corazones en zig-zag.

No puede asegurarse al concluir la lectura de sus libros, si esos personajes son buenos ó malos, ni si merecen ó no castigo: porque todos obran como en virtud de extrañas fuerzas ó de irresistibles tendencias.

Por eso digo que en la vida moderna la personalidad humana se ha empequeñecido. Algunos resultan ser las víctimas de sus abuelos, y porque el abuelo se emborrachaba ellos matan. Otros—ahí está el hipnotismo para demostrarlo—obran por sugestión.

No se ama por amar, sino por curiosidad ó por deseo de hacer daño. No se casa uno para tener hogar ni para tener hijos, puesto que según la última estadística francesa, la tercera parte de los que nacieron durante los últimos diez años son de padres desconocidos. No se vive para sí, en pantuflas, dentro de la casa, sino de frac ó de levita: para el salón ó para la calle. Ninguno sabe quién es ni si tiene la responsabilidad de sus acciones. O somos títeres ó somos autómatas; pero ya no somos hombres.

Y lo peor es que habiendo suprimido á Dios, ya no sabemos quien mueva nuestras pitas, ni si habrá quien nos pague al fin de la comedia. Lo único cierto es la caja donde se guarda el títere.

Para apuntalar esta existencia ruinosa recurrimos á los excitantes que por un momento la reaniman; y para no pensar en los narcóticos. El café ya nos parece un inocente chocolate de las *Tardes de la Granja*. La estircnina, que antes era para los perros, hoy es para los hombres. Para vivir necesitamos envenenarnos. Para morir no necesitamos nada.

Hay mucho alcohol, mucha morfina y mucho éter en la vida moderna.



SUCRE (1)



M

A corrido una centuria desde que vió la luz en Cumaná (Venezuela) el ilustre Mariscal de Ayacucho, cuyo nombre es pronunciado hoy con regocijo en todos los ámbitos de Sur América.

Nació el 3 de Febrero de 1795, toma parte en la campaña de Miranla, de 1811 y 1812; y cuando este General se ve obligado á capitular con Monteverde y muere ó se entibia la esperanza en el corazón de los patriotas, Sucre es de los que continúan en la

lucha, por la que sufre, resignado, las persecuciones del Gobernador Woodford.

Después de una primera y osada tentativa en que contribuyó á liberar tres provincias venezolanas, y perdida la funesta campaña de 1814, Sucre volvió á la hostil colonia inglesa en espera de días más propicios para la libertad. De allí se embarcó nuevamente con el fin de incorporarse á Bolívar, que realizaba la expedición de Los Cayos, y alcanzado por furiosa tormenta el frágil barco que le conducía, se salva del naufragio, flotando por espacio de veinte horas sobre un baul, de donde es recogido por manos amigas.

En adelante, Sucre presta servicios importantes, luchando al lado de Bolívar. Sus triunfos van marcados por un sello de moderación, extraño al tiempo y á las pasiones en que se agitaba. No es el cau lillo popular que cuenta partidarios y dispensa favores contra los intereses de la patria. Es á toda hora, y aun en la suprema de Ayacucho, el obediente General de un ejército que sólo cumple los designios del Libertador. Querido de sus compatriotas, adorado en las tierras que libertó con su espada, no es jamás el jefe de un partido, ni siquiera el inspirador de un círculo faccioso. Su objetivo será siempre la libertad de América bajo la dirección de Bolívar; y en aquel caos, en que pocos conservan ilesa su virtud, él se levanta por sobre todas las pasiones como un tipo único, de singular ecuanimidad, que es á la vez la primera figura moral de su época y el tercer capitán del nuevo mundo.

El primer acto que dió á Sucre notoriedad fué el armisticio que negoció con Morillo en 1820 para regularización de la guerra.

«Este tratado—dice Bolívar—es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicado á la guerra: el será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.»

En el año 1820 es que comienza propiamente la carrera brillante del General Sucre. Y «cosa singular!»—exclama el historiador Barrant—cuando la guerra estaba próxima á espirar, cuando toda la gloria que ella había podido conceder parecía estar definitivamente repartida entre cierto número de hombres eminentes, entre los cuales no se hallaba suscripto Sucre, comienza éste una carrera que va á colocarle al lado de ellos y próximo á Bolívar. Nombrado para dirigir la campaña del Sur de Colombia, comenzó á demostrar talentos militares de que hasta entonces no se le había creído capaz, y éstos se confirmaron á poco en la batalla de Pichincha. Por ella quedó Quito incorporado á Colombia, y Sucre nombrado Intendente del Departamento.

En tanto que el norte de la América del Sur había visto correr más sangre de la que jamás se derramara en parte alguna de todo el continente, los libertadores del sur se adelantaban hacia la línea del Ecuador, como el punto medio donde unos y otros iban á celebrar el pacto de unión americana. Era el Perú la base del poder colonial é importaba, por tanto, aniquilar el centro de acción. A lograrlo se dirigió desde Chile la expedición de San Martín, pero siendo la empresa superior al talento de este General, hubo de retirarse, tras un fracaso que ha merecido acerbos censuras de la historia. En el pavoroso conflicto, sin energías propias, sin hombres capaces de guiar el naciente espíritu peruano, todas las miradas se volvieron al libertador del norte, que avanzaba á paso triunfal. Bolívar confió entonces al General Sucre la misión de sostener al nuevo Gobierno del Perú y de estudiar el estado de la opinión, pero absteniéndose de intervenir en sus diferencias intestinas, lo cual fué cumplido rigurosamente. Allí encontró Sucre un verdadero caos moral y político. Ninguna aspiración común, ningún ideal levantado; y por todas partes el desconcierto y la impericia. Pueblo rico y asiento del poder colonial, resentíase más que ningún otro del fausto y de la corruptela. Y es así como presentaba el caso muy digno de estudio y común á los pueblos de igual estructura, de que ninguno de sus hombres fuera más de un mediano Gene-

ral ó estadista, mientras que algunas de sus mujeres son verdaderamente admirables.

La obra de los libertadores del norte era, pues, complicada en extremo. Eran siempre extranjeros que debían darlo todo á cambio de la indiferencia pública y de no pocas detracciones. Bolívar llegó por fin al Perú, y después de la batalla de Junin, dedicado á vencer las mal concertadas ambiciones, encargó á Sucre del mando del ejército. Fué con este ejército con el que ganó á los españoles la famosa batalla de Ayacucho el día 9 de Diciembre de 1824. Todo cayó en poder del jefe americano: desde el Virrey hasta el último soldado. Lucharon allí 9.300 realistas contra 5.700 republicanos, y ganada la batalla por los últimos, en los momentos en que, según la expresión de un escritor español, «podía considerarse como una gracia cuanto les fuera otorgado por su orgulloso enemigo.» Sucre hizo gala de una generosidad poco frecuente en la historia, concediendo á los vencidos una honrosa capitulación. Por ella quedaron en poder del vencedor 16 generales, incluso el Virrey, 16 coroneles, 484 sargentos mayores y oficiales, más de 2.000 soldados y cuantos elementos militares poseían los españoles.

En la batalla de Ayacucho culmina la gloria del General Sucre, cuando es roto por su espada el último eslabón de la cadena colonial. Los pueblos redimidos le colman de honores que él rehusa; y á poco, creada Bolivia y nombrado Presidente vitalicio, se le ve renunciar este cargo y aceptarlo sólo por dos años. Cumplida su misión en Bolivia va á ceñir por última vez la espada redentora, y vence en Tarquí á los enemigos de Colombia.

Sucre fué miembro del notable Congreso de 1830, que debía resolver la suerte de Colombia. Luchó allí por última vez, y abrumado por crueles desengaños, partió en mayo para Quito en busca de la paz del hogar. Tristes presagios le anunciaban que su vida era objeto de viles acechanzas, pero fuerte en su virtud, desdén toda precaución salvadora, y así pereció asesinado por mano americana en la sombría montaña de Berruecos.

Murió el Mariscal de Ayacucho en la flor de sus años, cuando más podía esperar la patria de tan insigne capitán. Pero acaso el plomo que le arrebató al servicio de su patria le condujo también á gloria más inmarcesible. En el profundo desconcierto que anonadaba todos los espíritus, una sola virtud no bastaba á detener la catástrofe, y si no era arrastrado por la vorágine revolucionaria, tal vez, por su índole, se vería obligado á emigrar, y representaría á los ojos de la posteridad el oscuro papel de San Martín.

No entra en los estrechos límites de este artículo hacer siquiera un resumen biográfico del General Sucre. Su obra pertenece á la historia y está definitivamente fallada. Una sola vez parece que va á romperse la armonía de ese gran espíritu: cuando la invasión de la provincia de Chiquitos, por el comandante brasileiro Araujo e Silva. No sólo rechazó la invasión, sino que dió órdenes á su subalterno Videla para «revolucionar el territorio del Brasil, proclamar la libertad y los principios republicanos y democráticos, la licencia misma y á los elementos de confusión y desorden que los hagan arrepentir de su injusta y páfida agresión.»

En dos ocasiones solamente dirige su espada contra gente americana: cuando la obstinada resistencia de Pasto, y cuando salva en Tarquí la integridad de Colombia amenazada por el Perú.

Si un día, el ingerto de otra raza que no la española levante á mejor altura el estado social americano, y las repúblicas del mundo neo-latino alcancen el éxito de su hermana del Norte, los libertadores del Sur llamarán la atención universal y su fama tomará las proporciones de su incuestionable grandeza. El Centenario del General Sucre es buena ocasión para estudiar la marcha de las naciones americanas, su pasado, su presente y la suerte que les reserva el porvenir.

Una realidad abrumadora nos enseña á diario la incapacidad de la raza para ningún empeño levantado, y su única aptitud para la lucha cruenta. Todos, los que luchan aislados en precaria nacionalidad, como los que siguen adscritos á la nación descubridora, presentan al cabo de un siglo agitado y fecundo un espectáculo desconsolador. Y el terrigeno de esta hermosa América, rica cuanto infortunada, ve con desazón la marcha de otros pueblos y otros hombres; y acaso piense, en momento de melancólica impotencia, en la fatal y definitiva postración de una raza que lucha estérilmente, como si estuviera condenada á la expiación de un crimen inaudito!

En 1995 será otro, probablemente, el estado de la América latina. México, Chile y la Argentina han dado ya los primeros pasos impulsados por la raza del Norte; y cuando ya prósperas y consolidadas se apresten para el segundo Centenario las naciones que su espada ayudó á libertar, Sucre se mostrará á la admiración universal en su verdadera talla de coloso, «con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac, y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada.»

Febrero 2, 1895.

H. PIÑANGO LARA,

* * *

EL VEGUERO Y LA GUAJIRA

Cabalgando en potro bayo,
junto á la orilla del río,
atrás dejando el bohío
que baña el sol con su rayo,
por amoroso desmayo
oprimido el corazón,
y en alas de la ilusión
que dá vida á su esperanza,
ufano el guajiro avanza
murmurando una canción.

Pañuelo al cuello enroscado
y de varey el sombrero,
zapatos de fino cuero
y la espuela en el calzado:
blanco calzón ajutado
y rizada chamarreta
su vestidura completa,
y por remate, el gñete
el afilado machete
en la cintura sujeta.

Tan abstraído parece,
que aunque riela la luna
no vé cómo en la laguna
la blanca garza se mece;
cómo hasta los cielos crece

la majestuosa palmera,
ni cual en veloz carrera
vuela silbando el sijú,
y en las ramas del jocú
que pase el gñete espera.

¿Qué importa tanta hermosura,
si está su pecho apenado!
Para el que gñete angustiado
sólo tiene el sol negrura.
Suspira con amargura,
y abstraído en su dolor,
no mira en su alrededor
ni el espléndido palmar,
ni la ceiba secular
y el pino murmurador.

—Al son del tiple, cubana—
dice—cantaré mi historia.
Tú vives en mi memoria
como reina y soberana.
Desde que en feliz mañana
te tropecé en mi camino,
se ha unido á ti mi destino
y te quiero con tal ley,
como quiere el conijey
al árbol suyo vecino.

Por tu padeczo y suspiro,
por ti me abate el dolor,
porque no hay, cubana, amor
como el amor del guajiro.
No cuido ya el gallo giro,
ni lo llevo á la pelea,
ni mi pecho se recrea
como no me halle á tu lado,
ni en taburete sentado
mi mano el tiple rasguea.

Junto al río Agiconal
tengo mi vega, cubana,
y vale aquella sabana
por su producto un caudal.
Allí se escucha el turpial
y el pintado tocoloro,
que cantan en dulce coro
alabanzas á esta tierra,
que todo lo bueno encierra
y es por lo buena un tesoro.

Tuya será, vida mia,
mi vega con sus palmares,
mis vacas, mis colmenares,
mi esperanza y mi alegría.
No retardes más el día

de mitigar mi pasión;
mira que mi corazón
entre dolores navega,
y se halla como la vega
cuando la azota el ciclón.—

Cesó el veguero en su canto,
tiró del corcel la rienda,
al llegar frente á la hacienda
objeto de su quebranto.
La mujer que quiere tanto,
en el portal asomada,
contestó con su mirada;
mas ¿qué cosa le diría,
que en él nació la alegría,
sin haberle hablado nada?

Por eso dicen autores
que yo respeto por sabios,
que en amor callan los labios,
por torpes y enredadores;
y que las cosas mejores
que causan dichas y enojos,
alegrías y sonrojos,
contentos y padecer
las ha dicho la mujer,
callándose, con los ojos.

JOSE E. TRIAY.



Sor * Magdalena

A FRANCISCO A. DE ICAZA



Tras los espesos muros seculares,
Cuyos toscos sillares
Reviste el musgo y la humedad desgrana,
Donde la hierba descuidada crece,
Y el buho se guarece
Esquivando la luz de la mañana,
Se extienden sólitarios y sombríos,
Como la tumba fríos,
Los espaciosos claustros de un convento,
Donde la luna tiembla penetrando,
Cual si fuera alumbrando
La prisión del humano pensamiento.

Allí la celda reducida, aguarda
Misterio que acobarda;
Allí se agitan en constante guerra,
En hondo batallar, en fiero duelo,
La aspiración del cielo
Y las ciegas pasiones de la tierra.

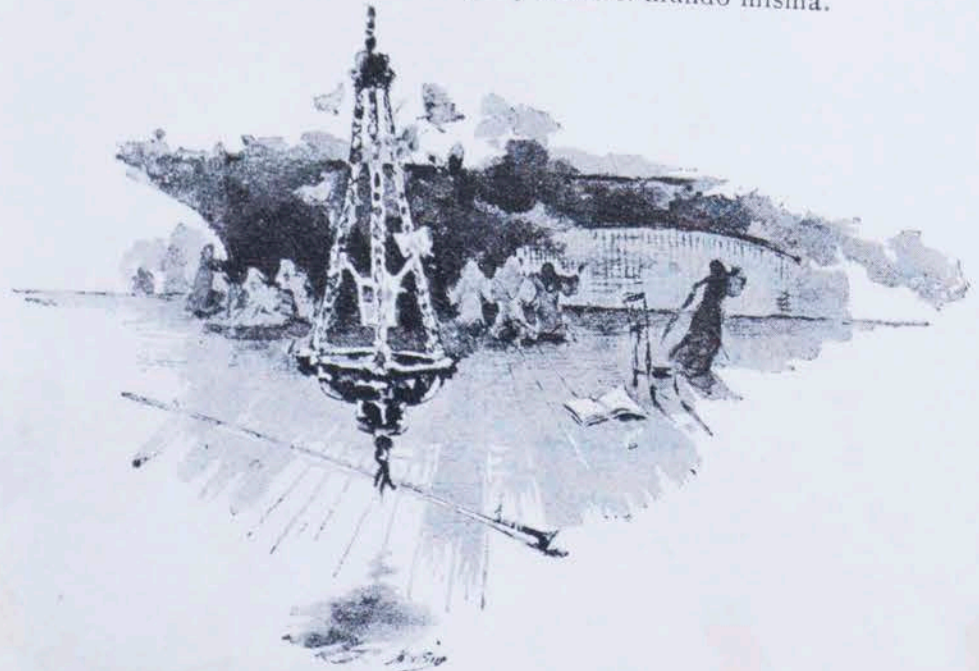
Allí de las mundanas tempestades
Huyendo las crueldades,
Como roto bajel que busca el puerto,
Llegando van las almas laceradas;
Arenas empujadas
Por el *simoun* que removió el Desierto.

¿Y qué buscan allí? ¿Se puede acaso
En ese breve paso
Dejar el corazón fuera del muro,
Del recuerdo extinguir la ardiente llama
Y la pasión que inflama
Desterrar con las preces de un conjuro?

Como sangriento buitre que destroza
A su víctima, y goza
Contemplando el horror de su agonía,
Así en el alma, firme, encarnizado,
Está el dolor clavado,
Su veneno filtrando noche y día.

Son allí las memorias más intensas;
Más fúnebres y densas
Las nubes que del alma se levantan,
Y cruzan por las ascuas del deseo
Con pesado aleteo
Imágenes bellísimas que espantan.

Es inútil la lucha, y hace en vano
Esfuerzo sobrehumano
Para evitar el insondable abismo,
Que la llama, la arrastra y la fascina
El alma, que camina
La misma siempre y sobre el mundo misma.



Allí Sor Magdalena, retraída,
La congojosa vida,
Que secreto dolor constante amarga,
Divide austera en el asilo santo
Entre oración y llanto,
Que hacen más dura la tremenda carga.
En su primer amor fué tan constante,
Tan tierna y tan amante,
Que al sentir el inmenso desconsuelo
Del primer desengaño, arrebatada,
Y ciega y despechada,
Celebra eternas nupcias con el cielo.
Mas sin hallar descanso ni reposo,
Del celestial esposo
Cambia la forma y equivoca el nombre,
Y al invocarle ardiente en su amargura,
Le sueña en su locura
Con las formas fantásticas de un hombre.
Del hombre mismo que su fe quebranta
Cuya imagen levanta
Sobre ancho pedestal de amor inmenso,
Lo mismo en la sonrisa que en el lloro,
El el altar y el coro
Y entre las blancas ondas del incienso.
Nunca puede alcanzar que la abandone,
Y siempre se interpone
Entre ella y Dios cual sombra temeraria,
Y apasionadas frases le provoca,
Que salen de su boca,
Mezclándose á la mística plegaria.
Sueña escuchar palabras seductoras
En las calladas horas
En que del templo en la tranquila nave
Resbalando en los ámbitos oscuros
Sobre los viejos muros
Alza el viento rumor pausado y grave.



A veces tentadoras armonías
De fiestas y alegrías,
Alzándose confusas y lejanas,
Entran á perseguirla hasta su lecho,
Asaltando el estrecho
Paso que dan al aire las ventanas.
Entonces con la fiebre del delirio
Doblando su martirio,
Se siente transportada á los salones
Donde luciendo gala y gentileza,
Es imán su belleza
De ardientes y viriles corazones.
La atmósfera candente y perfumada
Respira enamorada,
Siente el nervudo brazo en su cintura
Que en la ligera danza la sostiene,
Y hasta su frente viene
El suspiro que arranca su hermosura.
Oye las frases del amor que hechizan,
Frases que se deslizan
Y encienden en su pecho ardiente llama,
Y arrebatada y ciega y delirante
Siente en aquel instante
Fuego que por sus venas se derrama.
Resuena en tanto en la mansión tranquila
La destemplada esquila,
Que al rezo convocando la despierta,
Y arranca de sus labios un gemido
Al mirar convertido
Soñado bien en desventura cierta.

Una hermosa mañana, desde el coro,
El órgano sonoro
Por las augustas naves derramaba
De voces la corriente fugitiva
Que en la calada ojiva
Los pintados cristales agitaba.
Monótono y tristísimo murmullo,
Como lejano arrullo
Levantado por voces misteriosas,
Y dando de piedad muestra y ejemplo,
Se escuchaba en el templo
El rezo de las santas religiosas.
Del alba pura á la primer sonrisa
Comenzaba la misa,
Y en el fondo del templo, arrodillado
En humilde actitud, baja la frente,
Á la oración ferviente
Un apuesto doncel yace entregado.
Inmóvil y tan cerca de la reja
Una estátua semeja,
Ejemplo mudo del orgullo humano,
Que con el arte pretendió altanero
Recordar al guerrero
Sobre la humilde fosa del cristiano.
Bajo los pliegues del tupido velo,
Fuerzas pidiendo al cielo,
Que ya le faltan en la lucha fiera,
Repasa Magdalena en sus congojas
Las amarillas hojas
Del viejo libro en que rezar quisiera.
Absorta con su propio pensamiento,
El agitado viento
Cruzando las estrechas celosías,
Llega á su faz, trayendo de la nave
Un perfume suave,
Encantador recuerdo de otros días.
Como herida de un rayo, palpitante
Alza el rostro anhelante,
Porque el perfume aquel es su perfume;
Mil veces lo aspiró cuando á su lado,
Galán y enamorado,
La pasión le inspiró que la consume.
¿Qué infinitos recuerdos en su pecho,
Como huracán desecho,
Despierta aquella ráfaga perdida!
Todo el pasado surge en su memoria,
Y olvidando la gloria.
A su antigua pasión torna vencida.
Sobre la reja la encubierta frente
Reclina febrilmente,
Y despidiendo rayos, su mirada
Se clava al fin como puñal de acero,
Del gentil caballero
En la faz dolorida y conturbada.
Él es: sus penas, al mirarle, entiende,
Y adivina y comprende
Que si en su rostro la profunda huella
Se marca del dolor, y si rendido
Hasta el templo ha venido,
Es por ella no más, no más por ella.
En ese rapto de pasión no alcanza
Más risueña esperanza
Que del claustro romper los férreos lazos,
Y lanzándose al mundo en raudo vuelo,
Ir á buscar el cielo
Expirante de amor entre sus brazos.
Terrible la impaciencia la devora;
Fugaz pasa la hora
Destinada á los rezos matinales;
Se concluye la misa, y lentamente
Silenciosa la gente
Va cruzando del templo los umbrales.
El último devoto desaparece,
Y sólo permanece,
Como perdido en la anchurosa nave
Junto á la reja, inmóvil y severo,
El gentil caballero
De noble porte y continente grave.
Reconcentrado en su pesar profundo,
Olvidado del mundo,
Y en hondas reflexiones sumergido,
Escucha ya del éxtasis despierto,
Leve rumor incierto
Que baja desde el coro hasta su oído.
¿Es un vago suspiro de ternura?
¿Un eco de amargura?
¿Deignorado dolor errante queja
Que exha la como místico perfume
Alma que se consume
Allá detrás de la inflexible reja?...
Vuelve el rostro el mancebo, y con espanto,
Bajo del velo santo,
Apartado con mano convulsiva,

Contempla marchitada por la pena
La faz de Magdalena
Y su mirada ardiente y expresiva.

Apenas conteniéndose, sofoca
El grito que á su boca
Arranca la sorpresa, y sin aliento,
Y como el arbol por el rayo herido,
Vacila conmovido,
Perdiendo en sombras vista y pensamiento.

Inmóviles los dos, con las miradas
Uno en otro clavadas,
Extáticos y absortos permanecen;
Hasta que ya las solitarias naves
Con los ecos süaves
De la última plegaria se estremecen.

Entonces, como huyendo del abismo,
Con terrible heroísmo,
Se aparta Magdalena de la reja
Sin volver la mirada; y presa en tanto
De repentino espanto,
Con raudos pasos el doncel se aleja.

¿Qué horrible tempestad se precipita,
Y conmueve y agita
De Magdalena el alma sin ventura,
Que se siente arrastrada en su camino
Por fiero torbellino
De negro abismo hasta la sima obscura!

Nunca con más pasión, ni más intenso
Aquel cariño inmenso
Encendiendo su sér, mostró á sus ojos
Fantasma de ilusión tan palpitante
Que busca delirante
Besos candentes en sus labios rojos.

Ya se sueña feliz, cuando violento
Clava el remo, dimiento
Sus garras en el pecho dolorido,
Y ofusca la ilusión, y es tan agudo
Aquel dolor, que rudo
Arranca de sus labios un gemido.

Como del puerto al encendido faro
En demanda de amparo,
Ante la imagen pura de María,
Atribulada por creciente pena,
Se arroja Magdalena
Implorando favor en su agonía.

Desfallecida, ante el altar de hinojos,
Y los nublados ojos
Con ardiente fervor alzando al cielo,
A la madre de Dios envía el alma
Para pedirle calma
Y en su santo cariño hallar consuelo.

Y piensa que descubre, aunque de lejos,
Los pálidos reflejos
De inexplicable y mística ventura,
Y oye voces que pasan murmurando,
Apacibles calmando
Su agitación febril y su amargura.

En su pecho renace la esperanza;
Se imagina que alcanza
A extinguir la pasión que la devora,
Y de súbito se alza más terrible,
Mostrándose invencible
Atizando su llama hora por hora.

En tan hondo penar, en tal fatiga,
Y sin que mano amiga
Le preste apoyo en la mortal dolencia,
Llega la noche con su negro manto
Acreciendo el espanto
De las sombras que envuelven la conciencia.

Pero del alba al pálido reflejo,
Con su grato cortejo
De ilusiones fantásticas, triunfante
Vuelve el amor, y corre Magdalena,
olvidando la pena,
Hasta la reja en busca de su amante.

Se abre del templo la crujiente puerta,
Y en la nave desierta
El apuesto galán entra el primero:
Cruza frente al altar, su faz humilla,
Y luego se arrodilla
Junto á la reja, pálido y severo.

El alma en la mirada reconcentra,
Y procura y encuentra
Fulgurantes y lípidos los ojos

De Magdalena, y grata una sonrisa
Que dibuja indecisa
Plácido amor entre sus labios rojos.

Y así se pasan uno y otro día;
Ella en la celosía,
Ardiente, apasionada, insaciable;
El de hinojos, inmóvil, arrobado,
Al delirio entregado
Del éxtasis más puro é inefable.

Ahoga Magdalena en su demencia
La voz de la conciencia;
No lucha más; cesó el remordimiento,
Y á la encantada luz de sus amores
Ve cubrirse de flores
El obscuro recinto del convento.

Un mundo de placer halla en sí misma;
Se confunde y se abisma
En la imágen del hombre que es su sueño,
Y al sentir de su amor los fuertes lazos,
Mirarle entre sus brazos
Es su sola ambición, su solo empeño.

Una tibia mañana, y cuando apenas
Tranquilas y serenas
Las luces de la aurora iban brotando,
El doncel, que del coro no se aparta,
Ve caer una carta,
Que alzó ligero y ocultó temblando.

¡Con qué impaciencia que termine ansía
La misa de ese día!
Y no bien se termina, presuroso
El templo deja y á su casa vuela,
Y rompe de la esquila
El nuema perfumado y misterioso.

“Sol de mi vida, mi constante anhelo,
Aurora de mi cielo
—Dice la carta—el vértigo me ciega;
En vano luchó por buscar la calma;
Ven á obtener la palma
De esta mujer que á tu pasión se entrega.

No vaciles, no temas: de este abismo
Arráncame tu mismo;
En esta noche y al sonar la una,
Por la tapia que mira al Occidente
Escala, que impaciente
En mis brazos te aguarda la fortuna.

Feliz te seguiré; por ti desprecio
Cuanto en el mundo necio
Empeño ardiente ó ambición inspira.
Nada, contigo, nada me acobarda;
Ven presto, que te aguarda
No Magdalena ya, sino tu *Elvira*.”

En un inculto, abandonado huerto,
Pavoroso y desierto,
Que enmarañada envuelve la maleza
Y que pendiente y elevado muro
Le sirve de seguro,
Dando al convento linde y fortaleza,

Aquella noche y al sonar la una,
Y cuando ya la luna
Pálida y al ocaso se avecina,
Leve rumor se escucha y, cautelosa,
Una sombra medrosa
En la vaga penumbra se adivina.

Es Magdalena: con febril empuje,
La maleza, que cruje,
Rompiendo va para llegar ligera
Hasta el pie de la tapia, y palpitante
El anhelado instante
Allí, temblando, entre la sombra espera.

Dejó ya la sagrada vestidura,
Símbolo de clausura;
En negro manto su belleza envuelve;
Que va de su pasión el desvario,
En su anhelar impío,
Á romper con el cielo la resuelve.

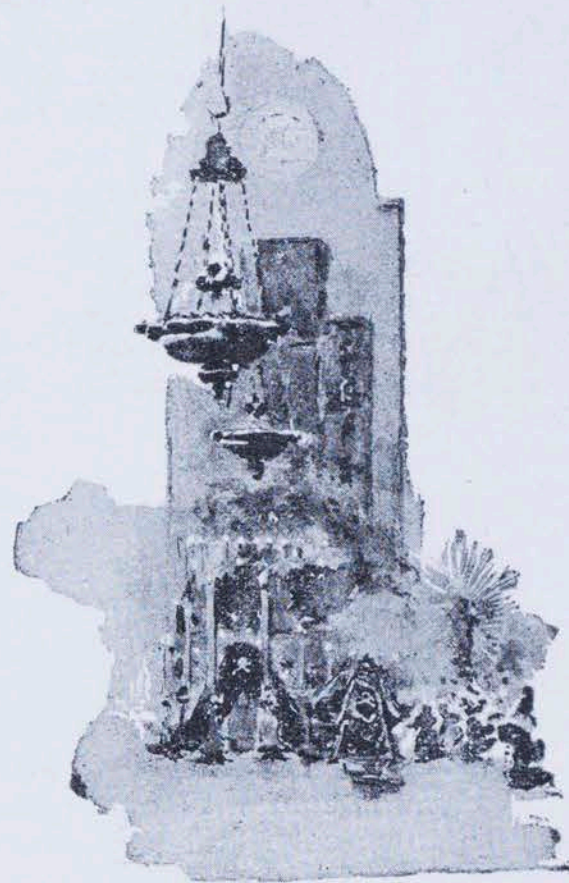
El profundo silencio de aquel huerto
Turba tan sólo, incierto,
El aire leve, con sus vagas ondas
Trayendo el eco de rumor lejano,
Ó sacudiendo ufano
De la arboleda las movibles frondas.

La luna en el ocaso se sepulta,
Y entre la sombra, oculta
Magdalena impaciente y esperando,
De súbito se yergue y se estremece;
Que su amante aparece
El altísimo muro coronando.

Cuelga el doncel la movediza escala;
Pero torpe resbala
En el musgo su planta, y desprendido,
Llevando en pos de sí la yedra rota,
El pavimento azota
En inerte cadáver convertido.

Magdalena, aterrada, ronco y fiero
Gemido lastimero
Exhala de su pecho y se desploma,
Como herida de muerte y sin aliento

Sobre el tronco sangriento,
Cuando la luz en el Oriente asoma.
Vibra á poco la voz de una campana,
Que, sonando lejana,
La torna en sí de su mortal letargo,
Y tiembla Magdalena, sorprendida
De volver á la vida
En tanto duelo y trance tan amargo.
Tímida en derredor mira y se espanta...
La cabeza levanta...
Errantes vagan sus turbados ojos...
¿Es delirio? ¿Es verdad? Ni está en el huerto,
Ni del amante muerto
En sus brazos oprime sus despojos.



Es aquella su celda, aquel su lecho
Incómodo y estrecho;
Su mesa y su sitial de tosco encino,
Y el cuadro de la imagen de María,
Difundiendo alegría
El resplandor de su mirar divino.

Y todo lo contempla absorta, muda,
Y la espantosa duda
Se agita en su cerebro y la sofoca;
Siente que débil la razón le falta,
Y de su lecho salta
Delirante, turbada, como loca.

En la celda la luz de la mañana
Por la estrecha ventana
Se desliza apacible: Magdalena,
De la duda tenaz en el empeño,
Pensando que es un sueño,
Corre á la iglesia, de esperanza llena.

El debe estar allí: ella le busca,
Y su razón se ofusca,
Porque ni está ni llega, y terminada
La santa ceremonia, ya la gente
Se aleja lentamente,
Y llora la infeliz atribulada.

Vuela entences al huerto, y allí observa
Con pavor que conserva
Sus pisadas la arena removida,
Destrozada la yedra, y junto al muro
Triste manchón obscuro
De hierba, por la sangre enrojecida.

En espantosa confusión no acierta
Si soñando ó despierta
Está en aquel instante, y dan entonces
De la iglesia en el alto campanario
El toque funerario
En triste son los consagrados bronce.

De allí se aparta vacilante y ciega,
Y cuando al templo llega
La dicen que la vispera en un duelo
Alvaro sucumbió; que del convento
Bienhechor opulento
Sus plegarias por él levante al cielo.

Pocos años después aun se veía
Al despuntar el día,
Tras la reja del coro, arrodillada,
Semejante á fantasma silenciosa,
Humilde religiosa,
Muda, pálida, triste y demacrada.

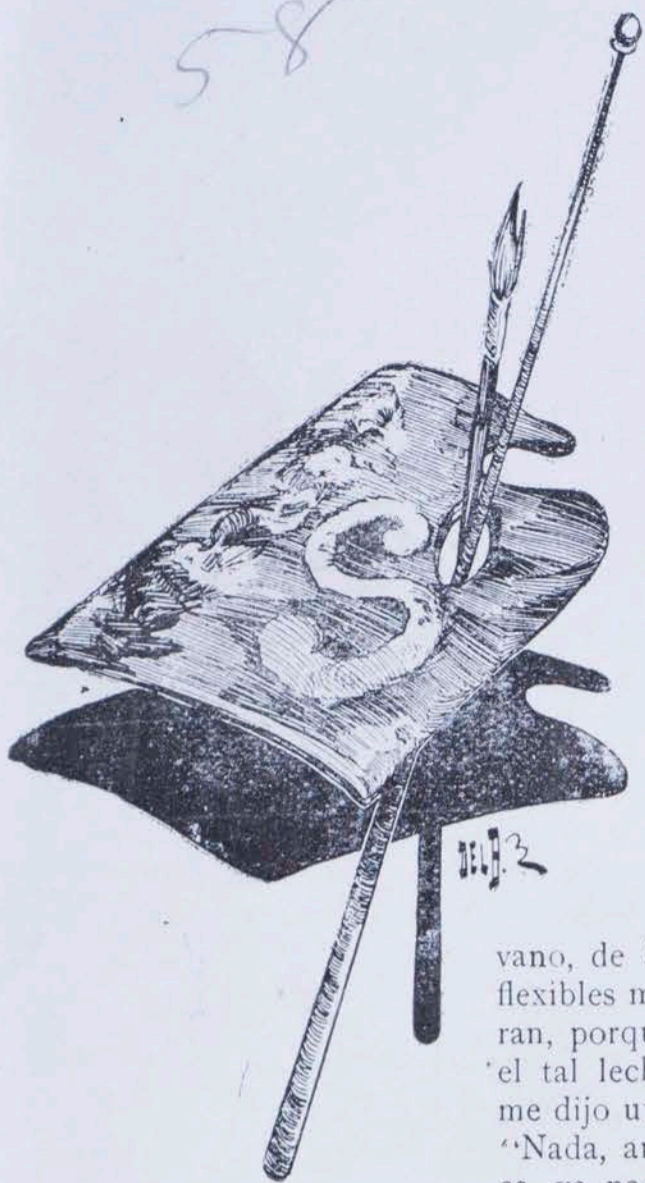
Era Sor Magdalena, su existencia,
Por oculta dolencia
Sin tregua ni descanso combatida,
Se agotaba fugaz, sin el consuelo
De explicarse en su anhelo
El terrible secreto de su vida.

VICENTE RIVA PALACIO.



En la hamaca

SRES. REDACTORES DE "EL FÍGARO"



E salen ustedes con la suya, exponen sobre una plana de su preciosa revista al "cantor de la hamaca" metido en el objeto de su canto, para que lo vean tal como se supone que está en casa; aunque á decir verdad en vano se buscaría en ésta ese lecho original que nos legara el indio, y, lo que es peor, en

vano, de haberlo, se encontraría entre sus flexibles mallas al amigo que uste les honran, porque, dicho sea en prosa, él detesta el tal lecho por incómodo. Pero—como me dijo un día Manuel Gutiérrez Nájera: "Nada, amigo Tejera, resignese á su hamaca, ya nadie lo apea de ella"—tengo que

morir envuelto en un chinchorro.

Para ilustración de la lámina me piden ustedes además la historia de la "popular composición". ¡Ay! la historia es corta y poco interesante. En 1870 hallábame en Caracas, tenía 21 años de edad, no había hecho todavía ningún verso... y me encontraba enamorado. Viendo la facilidad con que algunos de mis amigos componían madrigales y sonetos para sus novias y presenciando, por la noche, en los salones, el triunfo que obtenían cuando los no muy bien medidos versos pasaban de mano en mano en el círculo de nuestras espirituales amiguitas, me dejé tentar del diablo y resolví tratar de componerle á mi vez unos versitos á mi Amelia, tan digna de homenajes líricos como la mejor de las demás. Muy secretamente, pues, y con no poco trabajo, logré fabricar una especie de apólogo muy moral, muy trivial, ensalzando la modestia, y se lo dediqué. El éxito fué sorprendente. Por la noche el apologuito pasó de mano á mano girando por el círculo encantador y arrancando expresiones de elogio que me embriagaron y me echaron á perder. Retiréme á casa como loco, y agujoneado por las agudas vocecitas halagüeñas que seguían vibrando en mi memoria llamándome "poeta" y pidiéndome más versos, púseme nuevamente á componer, pero esta vez con más seguridad y con mayores pretensiones. ¿No acababan de reconocerme como hijo de las Musas?—Esa mi segunda poesía fué *En la hamaca*.

La composición gustó, pero moderadamente, y cuando poco después me hallaba en Europa, en Barcelona, dado enteramente á la poesía, recuerdo que la numerosísima colonia cubana y puertorriqueña que me rodeaba y me alentaba con sus aplausos, prefería con mucho, á esos versos, el romance al *Despertar de Cuba* y sobre todo la oda á Dios. El "cantor de Dios" llegaron algunos á llamarme (¡digo!)

Tampoco se popularizó *En la hamaca* entre las colonias cubanas con quienes viví luego en Nueva York y en París, que prefirieron también otras composiciones mías, especialmente las patrióticas.

Pero en 1879 vine á la Habana, y presentado por Cortina en una velada del Ateneo, subí á la tribuna y allí se me ocurrió recitar esa poesía, que por su tamaño y estructura me fatigaba menos que las que con tanta frecuencia había recitado en otras partes. Quedé sorprendido del efecto que produjo. Nunca, nunca había soñado ovación semejante. Desde ese momento, en veladas, en salones, en corrillos, hasta en *tête à tête* con el amigo, con el extraño, fué un *jamaqueo* el que me dieron como no sabría pintar bien, todo el mundo quería oírlo y oírme á mí, que la decía "maravillosamente", que materialmente la "cantaba". En puridad recitábala yo como rezan las viejas sus letanías, pensando hasta en el puchero que se les va á quemar. A habérseme pedido, creo que aun dormido la hubiera recitado. Llegué á *aburrirla*, peor todavía, á temerla como un mal golpe, porque al revolver de cualquiera esquina solía tropezar con un *admirador* que con sólo mentar la composición me parecía que me asestaba un ramalazo. Era para descolgar la maldita hamaca y colgarme en su lugar.

Seré franco sin embargo: estaba y estoy, en el fondo, muy satisfecho de la popularidad de esa poesía, por más que haya desviado la atención de otros trabajos tal vez más consistentes. Pero ¿á qué aspira un autor sino á ser conocido? Y si esto logra ¿qué importa que haya sido por esta composición ó por aquélla? Nó, mi tirria contra la *hamaca* no es porque me fatigaron á

fuerza de hacérmela repetir, ni porque haya impedido que se fijen en mis otras obras. La tema—pues tema hay—es porque así como me dió fama de poeta me ha dado también más grande fama de haragán. La imaginación popular se ha complacido en no verme sino como ustedes me presentan hoy, tendido muy sabrosamente en el chinchorro, incapaz de todo movimiento que no sea para encender el cigarrillo ó alcanzar la taza de café. ¡Y esto no es verdad, pardiez! No es verdad, y puesto que encaja entre estas líneas, formulo la más solemne protesta contra tamaño error—aunque no sea más que por el perjuicio



causado y por causar á quien ha de vivir de su trabajo personal. ¿Perezoso?—Quizás, seguramente lo he sido para la producción literaria. Pero tengo mi disculpa. Si es cierto aquello de

Que Cervantes no cenó
Cuando concluyó el Quijote,

admiro á Cervantes no por haber dado cima á su libro estupendo, sino por haberlo concluido *sin cenar*. El hambre es generalmente mala musa y no inspira más que engendros precipitados y maltrechos, moneda de calderilla que hay que aporrear para obtener un pan. Para la producción artística los que no somos Cervantes—¡y somos tantos, ay!—necesitamos tener tranquilidad de espíritu, es decir haber cenado ¡y aun almorzado! No se puede repicar y andar en la procesión, no se puede

vagar por otros mundos cuando en éste que habitamos nos retienen por los faldones el casero, el carnicero etc.—*Poète, prends ton luth et me donne un baiser!*—dice á menudo la Musa; y hay que responderle:—Hijita, espera; que hoy tengo que ver cómo les compro zapatos á los muchachos.—Ah, si los libros producidos *produjesen* á su vez. . . . entonces se vería si éramos ó nó fecundos!

Pero en la acepción general de la palabra, no soy un haragán, vive Dios; no lo soy! Y á no haber sido tan humilde, tan obscura la variada labor que ha ocupado mi existencia, la presentaría con orgullo al público por su cantidad. Y he sido, en el trabajo, minucioso y delicado como la araña, diligente como la abeja, disciplinado como la hormiga, resistente como el buey y paciente y callado como el burro. De esta manera he podido ser y soy un traductor fidelísimo; un escribiente de letra limpia y clara, muy bien acentuada y puntuada; un corrector de prue-

pena de proporcionarme sesenta dolores de cabeza. Tenía un medio de salir airoso, y era hacer una traducción de benedictino, dando á mis versos la misma medida y á cada palabra el mismo corte y la misma acentuación del original, para que sílaba por sílaba se ajustasen á los garabatos que tenían encima. Así lo hice, y terminada la abominable tarea, la envié temblando á Leipzig. . . . De allí me vinieron con los sesenta duros mil felicitaciones por lo atinado del trabajo, y el libro de canciones traducidas está hoy en uso en las escuelas de Méjico.

Otras pruebas podría ofrecerles de lo que este haragán ha ejecutado en esta miserable vida; pero pensarían ustedes y los lectores que me estoy haciendo una *réclame*, y esto menoscabaría la reputación que tengo de modesto.

Baste, pues, de toda esta palabrería que por vana que sea pesa más que mi insignificante personita, y gracias por la honra que me dispensan acostándome á lo largo de una plana de su delicioso semanario. ¡Pero sépase que no gasto hamacas ni negritas! De ustedes sincerísimo

D. V. TEJERA.

EN LA HAMACA

¡Qué descansada vida
La del que huye el mudanal ruido!
L. DE LEON.

En la hamaca la existencia
Dulcemente resbalando
Se desliza.
Culpable ó nó mi indolencia,
Mi acento su influjo blando
Solemniza.
Goce el sultán en reposo
Los infinitos placeres
Del harén,
Y en éxtasis voluptuoso
Finjase entre sus mujeres
Un Edén.
No su fabulosa tierra
Envidio, ni su radiante
Cielo azul,
Ni los primores que encierra
El serrallo deslumbrante
De Estambul.
Y su poder no ambiciono,
Ni lo temo cuando estalla
Su furor
Y humilla, desde su trono,
Al pueblo que tiembla y calla
De pavor. . . .
Que es tan vívido el sol mío,
Tan espléndido mi suelo
Tropical,
Y en mi rústico bohío
Bríndame pródigo el cielo
Dicha tal,
Que si el Turco sorprendiera
Los encantos de la oscura
Vida mía,
¡Su imperio al punto me diera,
Por gustar de mi ventura
Sólo un día!
Sobre pintoresca loma,
En el centro de frondoso
Platanal,
Por cuyas cepas asoma
Fresco, limpio y bullicioso
Manantial;
Pobremente construido
Lejos del hombre, entre mares
De verdor,
Dó sólo suena á mi oído
De las seibas y palmares
El rumor;
Levanta su tosco muro
El hogar donde, en sabrosa
Languidez,
Tan suaves gozos apuro,
Que no más anhelar osa
Mi avidez.
¡Cuán grato es vivir en calma
Consigo mismo, sin penas
Que gemir,
Y en su mundo absorba el alma,
El curso del tiempo apenas
Percibir!
¡O del *tiptle* al eco blando,
De amor fingidas congojas
Exhalar,
O adormecerse escuchando
El céfiro entre las hojas
Susurrar!
¡Qué me importa que opulento
Monarca falsas caricias
Compre ó nó,
Si en el plácido aislamiento
De mi choza mil delicias
Tengo yo?

Aquí, de perfumes llena,
La brisa el calor aplaca
Sin cesar,
Y mi conuco, sin pena,
Puedo, tendido en la hamaca,
Vigilar.
O del conuco me elvido
Y, sin deberes tiranos,
Soy feliz,
Ya calme el tierno gemido
De mis tórtolas con granos
De maíz;
Ya de las piñas el zumo
Libe, ó la caña jugosa
Miel me dé,
Del tabaco aspire el humo
Ó la esencia deleitosa
Del café.
Ó me duermo al vaivén lento
De la hamaca, ó me recrea
Contemplar
Cómo, al impulso del viento,
El cañaveral ondea
Cual un mar.
Ó sorprendo el pajarillo
Su nido en la seiba añosa
Fabricando,
O admiro el cambiante brillo
Del *sunsín* sobre una rosa
Palpitando.
O la imagen me extasia
Del único sér que impera
Sobre mí,
De Amelia, la gloria mía,
Trigueña más hechicera
Que una hurí.
¡Feliz quien, con embeleso,
Sueña en las dulces patrañas
Del amor,
Y duerme la siesta al beso
De las brisas, de las cañas
Al rumor!
Desprecie el remanso, y cuide
De vencer el oleaje
Mundanal,
Quien, por su desgracia, olvide
Que es bien corto nuestro viaje
Terrenal.
Yo, que advierto cuán de prisa
Se cruza el piélagos, apenas
Remaré,
Y al soplo de blanda brisa,
Por aguas siempre serenas
Bogaré.
Respete el rayo mi techo;
La fresca lluvia fecunde
Mi heredad;
Viva yo dentro del pecho
De Amelia; de amor me inunde
Su beldad;
Gima el bosque; suene el río;
Ostente todas sus galas
El Abril;
Colúmpieme en mi bohío,
Y arrebaténme en sus alas
Sueños mil. . . .
Y las mentiras del mundo
Jamás mi dulce reposo
Turbarán,
Y en mi retiro profundo
¡Seré siempre más dichoso
Que un sultán!

D. V. TEJERA.



Fotografía de Colominas.

bas como lo sueñan para sus libros los Piñeyros, y en ocupaciones de movimiento, un caminador de piernas flacas y recias que devoran millas, como las de los carteros. Hé aquí un ejemplo de mi laboriosidad paciente: un día una casa editorial de música de Leipzig—á la que había llegado mi fama de traductor—me propuso que le vertiera al castellano un libro de canciones francesas de que era propietaria. Acepté, y á vuelta de correo me vino el libro, del cual entendí muy bien los versos que debía traducir, pero del cual no entendí ni jota de la música á que debía adaptar la traducción. Era aquello un mundo de garabatos que mientras más los miraba más me confundían. Había sin embargo que acometer la obra: eran sesenta canciones que me debían dar ¡sesenta duros! lo que valía la

* La campesina *

(DEL LIBRO INÉDITO "EN LA ALDEA.")

Levántate. La aurora ha despuntado,
Y el abuelo regaña y te resondra:
Campesina, despierta! En el tejado
Revienta una canción por cada alondra...

Sacudes presta el último beleño
Y te incorporas en el lecho blando;
Rompe los lazos que anudara el sueño
Y gallarda, y de pie, saltas cantando...

Cantas como la alondra, cuando el día
Da el primer golpe de su luz inquieta;
Cantas con la especial melancolía
Que al despuntar el sol siente Julieta...

Buscando fuerzas y salud, prolija,
Para el abuelo de setenta octubres,
Le escancias rebosante en la vasija
La leche espesa de las tibias ubres...

Eres así como una Hebe amante
Que desterrada en un rincón del mundo,
Le da el néctar en copa de diamante
A un Júpiter tronado y moribundo!...

Sales al campo fresco. Alegre chispa
Siente el sátiro viéndote escondido;
Y te hace rueda la envidiosa avispa
Zumbando con su líbrico zumbido...

Tú sin cuidarte del centauro ardiente
Que espía astuto el baño de las ninfas,
Rápida te desnudas, y sonriente
Surcas de un lago las calladas linfas...

Y de las linfas en el claro espejo
Retrátase la copa soberana,
Llena de esplendor, del árbol viejo
De los acusadores de Susana!...

A la orilla también del mismo lago,
Lavando los pañales infantiles,
Aspiras en el aire inquieto y vago
El mismo aroma de tus veinte abrilés...

Tendidos los pañales en los cerros
Finjen después, del sol á las vistumbres,
Banderas de un ejército sin hierros
Que marcha á la conquista de las cumbres!...

¡Oh dulce vida de serenas ondas!
Vida que resbalar tranquila dejas,
Entre el fresco murmullo de tus frondas
Y el nítido vellón de tus ovejas...

Sigue viviendo alegre y sin cuidados:
No ante el rumor de la ciudad te asombres...
Mas vale ser pastora de ganados
Que ser pastora de rebaños de hombres!

Perú, 1893.

JOSÉ S. CHOCANO.



Un libro clásico

LA RETRAITE DE LAGUNA (*Episode de la guerre du Paraguay*) par A. D'Escragnolle Taunay.—Paris, 1879.

Henry Coppin, en su interesante y discreto libro *Quatre républiques de l'Amérique du Sud* (París, 1890), califica de "admirable" el libro que M. d'Escragnolle Taunay, oficial de estado mayor en el ejército brasileño, dió á luz en 1879 con el título de *La Retirada de Laguna*. Narra el autor un episodio de la célebre guerra del Paraguay, que en sus líneas generales trazara en un estilo análogo al del famoso Moltke el ingeniero inglés Thompson, célebre artillero que fué en realidad el general en jefe de las fuerzas que obedecían al menguado tiranuelo López II. Este, que recibió el poder como el que hereda un mayorazgo, aspirando á emular las glorias de Napoleón III como Don Gaspar Rodríguez de Francia había sido el remedo vivo, en chabacana caricatura, de Napoleón I, invadió el imperio del Brasil, las repúblicas del Uruguay y la Argentina, poniendo en pie de guerra un ejército de 80.000 combatientes. Era el ambicioso delirio de aquel impulsivo sanguinario realizar la conquista y sumisión de los estados limítrofes—Brasil, Uruguay, la Argentina—organizándolos en monarquía absoluta, que en la nomenclatura política se denominaría *Gran imperio del Sur*. En las postrimerías de la campaña, cuando Solano López, al salir prófugo hácia las temerosas soledades del Gran Chaco, murió á manos de un oscuro lancero de Rio Grande do Sul, cayó en manos del ejército vencedor el diseño y presupuesto de la estatua ecuestre que la esposa del presunto emperador del presunto *Gran Imperio* proyectaba erigir en Rio Janeiro, que era la ciudad designada para corte. Los países amenazados por el formidable peligro, que tenían que habérselas con un ejército heroico, fanatizado, una verdadera horda que encarnaba las más sobresalientes cualidades belicosas de la raza española y de fiera raza india, se coaligaron para resistir la invasión, otorgándose la dirección de las fuerzas aliadas al general D. Bartolomé Mitre, el historiador ilustre de Belgrano y San Martín, y en aquella sazón primer magistrado de su patria.

La lucha, que comenzó en 1864, terminó en 1870: el Paraguay, que al comenzar la guerra tenía una población de cerca de 700.000 almas, nueve años después de la paz, en 1879, solo llegaba á 346.048 habitantes. Había sucumbido, había sido diezmado, arrasado; el día que el ejército unido tomó posesión de la capital, la villa de la Asunción, se contaban en el país 23 mujeres por cada hombre; y en uno de los últimos combates, el general brasileño Luiz Alves de Lima, duque de Caxias, que regia fuerzas de su nación, asaltó un reducto defendido exclusivamente por mujeres, niños y ancianos, que sucumbieron valerosamente antes que rendirse. El triunfo de los aliados, como tenía que suceder á la postre, estuvo á punto de causar el exterminio de la gente paraguaya; pero los vencedores sufrieron derrotas y desastres tan grandes como grande fué la miseria y desolación en que quedó sumido el país vencido, y todavía se con-

memora en Buenos Aires el aniversario de una de aquellas derrotas como el duelo más grande de la nación argentina.

En 1867, para coadyuvar al plan estratégico, se decidió que un ejército brasileño invadiese el Paraguay por el Norte. El ejército, compuesto de 3.000 hombres regidos por el coronel José Antonio da Fonseca, partió de Rio Janeiro, se organizó en Uberaba, á 594 kilómetros del Atlántico, y se encaminó hácia la provincia de Matto Grosso, que confina con el Paraguay. El paludismo, una epidemia climatérica, la parálisis refleja, el hambre, acompañaron el ejército y lo redujeron á un tercio de su contingente, en tanto describía, con gran lentitud, un circuito de 2.112 kilómetros. Las peripecias de esta marcha desde la capital del Brasil hasta la provincia de Matto Grosso, el paso de la frontera del Paraguay, del rio Apa, la invasión del país enemigo, la actitud de los paraguayos, que recuerda la que observaron los cosacos cuando el desastre de Napoleón en las estepas rusas, la pintura del paisaje, de las costumbres y los tipos que caracterizan el país, el desastre de la expedición que tiene que evacuar el Paraguay y recorrer de nuevo la ruta inmensa que ha ido sembrando de cadáveres en su avance, perseguido por los ginetes paraguayos y diezmada á diario por el cólera, tales son los elementos que componen el libro que con el modesto título de *La Retirada de Laguna* retrata fiel y elocuentemente uno de los episodios más interesantes de la historia contemporánea de América. La pintura del guía, José Francisco López, hermano carnal del hombre real que sugirió sus creaciones á Fenimore Cooper y al Capitán Mayne-Reid; el incendio de la pradera; el "cadáver de un joven de formas atléticas, al que una bala ha atravesado las dos sienes, con los ojos salidos de sus órbitas, con el rostro cubierto de sangre y de gruesas gotas de sudor que parecían lágrimas, emblema singular del paso exterminado de la guerra sobre aquella valerosa nación sacrificada por un jefe impío;" la multitud de mujeres y niños que va en pos de la columna, y que se defienden con maternal heroísmo de las acechanzas salvajes de sus perseguidores; las escenas horripilantes del cólera en el campamento y en la marcha, el abandono de los moribundos, las angustiosas lamentaciones de estos, la súbita y completa desaparición de la asoladora epidemia tan luego como los soldados llegan á la región en que pueden saciar su sed con naranjas; la muerte del guía, que sucumbió como un patriota; todo esto, y lo demás que no señalamos, es referido en lenguaje llano y sencillo, con estilo movido por emoción intensa, con profundo sentido de la realidad, por la pluma de un soldado, historiador y artista, cronista y héroe como los castellanos de la conquista, nieto de un francés refugiado en el Brasil con D. Juan VI de Portugal, y que ha sabido, al narrar lo que vió, componer un libro clásico, una página de historia que tiene todas las seducciones de una novela y el interés de las pasiones humanas en sus grandes conflictos.



Como * nos * divertiríamos

Expresamente para "EL FIGARO."

YO no sé á quien darle las gracias por este dichoso final de Pascuas que tuvimos ayer. No se las doy á Dios, como es uso y costumbre entre cristianos, porque él tiene la culpa de todo lo que ha pasado en Madrid, si señor, porque si al niño ese no se le antojara nacer todos los años el mismo día y á la misma hora tranquilos estaríamos, sin el tradicional estrépito de latas, tambores y panderetas con que nos regalan los regocijados habitantes de esta coronada villa y corte.

De mí se decir que aún estoy medio aturrido. En todo lo que va de Pascuas no he podido empalmar dos ideas: con los ruidos que venían de la calle á estrellarse en los cristales de mi gabinete de trabajo y con los desafueros del chiquitín de mi patrona, que en casa impone y manda como si él fuera Rey, figúrense ustedes el humor que tenía yo para llenar cuartillas. Apenas el chico empezaba á darle el parche con un entusiasmo que ya lo quisieran para sí los tambores en una verdadera batalla.

¡Rataplán, rataplán, plan!

—Mira granujilla, cállate—le decía uno—cállate por la virgen santísima.

—¡No quiero!...

Y en seguida un redoble.

¡Rataplán, plan, rarrrrplán!

Las criadas se reían viendo mi indignación y luego no atendían á lo que se las mandaba.

—¡Juana, traiga usted un cubo de agua!

—No puedo ahora: estoy sosteniendo el tambor para que toque el chiquitín.

—Entonces venga usted, Rosa.

—No *pueo* tampoco; tengo la mano del chiquitín para que le de al tambor que sostiene Juana.

—¡Luisa! usted ¡cualquier demonio que venga á traerme agua!

—También estoy ocupada, estoy oyendo tocar el tambor del chiquitín que sostienen Rosa y Juana.

Era para volverse loco; se salía uno de casa desesperado y en llegando á la calle se respiraba de satisfacción, diciendo—Vaya, aquí al menos nadie lo molesta á uno.—¡Que si quieres! Á la vuelta de la esquina empezaban los vendedores de panderetas á ofrecer su mercancías al compás del golpe; y en vano se huía de aquella algarabía; por todas partes igual, gritos por arriba, gritos por abajo, gritos á derecha é izquierda. Agréguese á esto un gentío inmenso que se declara en huelga y forma interminable desfile en las aceras, amén de los carruajes y las caballerías que se atropellan en el arroyo amenazando constantemente la vida del transeunte, y se tendrá una idea vaga de las fiestas que hemos gozado.

Afortunadamente—pensábamos—los teatros nos ofrecen un refugio en estos días: allí encontraremos personas distinguidas que al menos huelan á polvos de arroz. Y en lugar de ellas se hallaba uno rodeado de amas de cría dispuestas á saciar el hambre de los nenes; entonces para no tomar asiento se tomaba el olivo, maldiciendo por centésima vez á las pascuas de Madrid, porque en Madrid, créanme ustedes, es la única ciudad del mundo que se celebra á diario esta infernal época del año; tarde y noche funciones de todo género, paseos por el Retiro,

juegos en el Prado, aglomeración en la Carrera, repiques de campana, charangas ambulantes y atracones de dulce en las comidas.

—Oiga usted, patrona, ¿qué tiene hoy el estofado que lo veo como poeta *decadente*?

—Que está hecho en almíbar.

—¡Pero señora de mi alma, estofado en almíbar!

—Es costumbre, señor, en las pascuas se come dulce hasta con garbanzos.

—¿Garbanzos en dulce?

—Y patatas, si señor, patatas cocidas con turrón de Alicante.

—Pues esto es un envenenamiento á domicilio.

—No lo crea Vd., es la tradición.

* *

De la tradición es parte integrante la acometida á los bolsillos ó lo que es lo mismo, el aguinaldo.

Todo el mundo se cree aquí con derecho á desbalijarlo á uno en Pascuas. El primer exigente en clase de déspota espontáneo es el cartero y detrás de él un ejército: el repartidor de periódicos, el peluquero, el mozo del café, el limpia botas; y estaba por decir que hasta el presidente del Consejo de Ministros pide aguinaldo.

Díganme ustedes si estos *asaltos* de sable limpio no sacan de quicio al hombre más sereno.

El gobierno debía autorizar á los *atacados* para que se defendiesen de los *sablazos* á tiros de revólver. Que entra á su casa de Vd. un individuo á pedir el aguinaldo... ¡Púm!... una bala certera. Yo adoptaría el mismo ó parecido procedimiento con los paseantes empedernidos y los postes humanos que se pasan las horas muertas en la vía pública estorbando á los que van á su trabajo.

Con esto y con el desengaño recibido en la Lotería de Navidad estoy hecho un verdadero Jeremías. Pichardo y yo creíamos estar en el secreto del premio gordo, jugamos al mismo número y ya ven ustedes, fallidas nuestras esperanzas de ser *Rostchiles*, no nos queda más recurso que seguir, él dirigiendo periódicos desde Madrid y yo llenando cuartillas...

El tal premio gordo ni siquiera cayó en la coronada villa, que si llega á caer no es poco el ruido que aumenta, por que no hay que darle vueltas; en España vivimos de ruidos: ruidos ministeriales todas las semanas, que *cambian* el gabinete; ruidos en las arcas públicas cuando se escapan los delegados de hacienda; ruidos de lances de honor, nada más que ruidos; ruidos en el teatro cuando *revientan* un drama y ruidos musicales como la noche que silbaron al célebre Massini... Mucho ruido y pocas nueces. Estamos tan acostumbrados á eso que el día que estalle una bomba de dinamita nos tendrá muy sin cuidado.

Por eso—como dicen los que se meten en callejones sin salida—y porque mucho me temo que con los ruidos de latas de petróleo que todavía *se usan* por ahí, esta crónica va á finalizar como los ejercicios del ejército uruguayo, le pondré *punto redondo* en esta cuartilla y en seguida, á meterme entre sábanas, dando antes orden de que no me llamen hasta el día del juicio.

A ver si descanso.

Madrid, Enero de 1895.

MIGUEL EDUARDO PARDO.

Rimas * áureas

Á MANUEL MONCLOA Y COVARRUBIAS

Bañada en alegres destellos de aurora
tu pluma de nacar que espuma y colora
con vivo arrebol,
recama praderas, diseña paisajes
y forma calados en ricos encajes
de rayos de sol.

Bañada en oscuro vapor de tiniebla
tu pluma de acero que rasga la niebla
del negro capuz,
raduce del alma la cruel agonía
y copia del mundo la noche sombría
sin toques de luz.

Arequipa, 1895.



PARA "EL FIGARO"

Bañada en leve onda de pálida luna,
tu pluma amatista, cristal de laguna
que pinta el dolor,
anima, despierta la bella parvada
de dulces ensueños y música alada
de quejas de amor.

Bañada en estufo de rosa y violeta
tu pluma granate, divina paleta
de artista oriental,
derrama del iris los puros colores
y deja en el caliz que tiembla en las flores
la aurora boreal.

SIXTO MORALES.

Camino del Manicomio



OY el berzamo de las deshabladas, exclamaba en cierta ocasión un amigo mío.

—Haz el obsequio de explicarte claro y de hablar en castellano, le dije.

—Es bien fácil entenderme: (col) y (berza) son sinónimos; así pues, (berza)mo y (col)mo son una misma cosa; y como (habladas) y (dichas) pueden emplearse indistintamente, lo mismo da des(habladas) que des(dichas). El (berza)mo de las des(habladas) significa, por lo tanto, el col(mo) de las des(dichas). Esto es caste(plano) puro, mal que les (gravite) á los señores acadé(monos), los cuales están á

obs(clérigos) de muchas cosas.

—A ver, á ver...

—Mal que les (pese) á los señores acadé(micos), los cuales están á obs(curas) de muchas cosas.

Un hombre que así transforma nuestro idioma, y que por decir "el re(verso) de la "medalla" dice "el re(copla) de la (conddecoración)," está camino del manicomio; y si alguna duda les cupiere á ustedes, tengan la paciencia de descifrar la siguiente carta que hace poco me escribió desde Barce(lona).

**

Barce(tela) (jirón) de (Océano)zo de 1894.

Querido am(breva): te escribo esta (naipe) porque hace un (lámpara)nio que no sé de tí, y para decirte que el día pri(pez) llegará á la (filo) en el tren (fosforo) nuestro compañero (Rabo)s.

Tenle pre(detenido) un (echado) del 1 para la (palmo) (avergonzada) de (guano), en la que, según he leído en un (libre), torea el Guerra; y como no es cosa de irte á buscar á la (Cereza) lera, te esperará á la salida de las Cala(impedimentos).

De no poder ir, te avisaría por (0,50) de un tele(hierba.)

Sabrás como Pe(silbato), que es un chico muy pre(patada), ha merecido (apunte)ble en los ex(así sea)es del $\frac{\text{nario}}{2}$, clase de filo(so) (presta).

Dime cómo estuvo el úl(engaño) (cortado) de (cabello)ta: si ganaron los azules ó los blancos, y si el conde de (Chata) (impares) sigue o(sitio) á los (pasillos).

Te re(manducando) los números del (Claro) y (Obscuro) que tratan de la guerra entre (Loza) y el Japón.

Ya he sabido que el ser(gula) no te impide ir todas las noches al (25 céntimos) á oír la (Medio)ramis, (Boato), el (Peluquero), el (Adivino) y otras óperas.

Yo me tengo que conformar con oír (Vuelta)flé (Vuelta)flá, Las (dueña)polas, La verbena de la Pa(cuesta), Las hijas del (cuatro letras), Los a(semblantes), Las campa(flotas) y otros zarz(olfatees); pero me desquitaré, porque se a(rúbrica) que este invierno tendremos aquí á la (Pentecostés), la (Helada) la Borghi(chupo), la (Arañe), Tab(escapo), Est(1895) y otras eminencias del bel (pedausco). Veremos si la noticia no resulta (gustar)do. (Cebada y paja) ir á esa en el mes de Ju(enre lo) si mi estó(brujo) me lo permite, pero no me has de tratar con (licenciado).

Re(soga) lo (introduzcó) dico y so(violencia) que he sido siempre: por la mañana mi jí(rostro) de cho(rabo)te. Para almorzar, un plato de (hebreas) con cho(mechón), un poco de (catre)n asado, algo de pi(falto á la verdad), un me(guillado)tón y un trago de (llegó); por la noche unas so(chiflas) de ajo, (idioma)do frito y unas nu(pozos) para postre; el consabido (muchacho)te y a dormir.

Me presentarás á (Dueños) (Redentor), á (Peregrino) (Arbol)do, á (Cuero) de Bengoa, Portu(profundo) y (Seda)izard.

Iremos al ministerio de (Salero) y Justicia á (completa)rnos en qué estado está el (tonfo)rial nuestro (encima) el asunto de (Barrera)do (lucha).

Avísame cuando se estrene algo de (Perrito) y Pa(marchitos), de Sinesio (Flaco) ó de Celso (Terso).

Y sin que o(Paca) nada más de (trocito)r, recibe un abrazo de tu buen amigo

(X Y Z).

**

¿Qué creerán ustedes que quieren decir esas X Y Z?

El nombre de de mi amigo, que se llama Delfín.

Sí, por que esas tres letras X Y Z son (del) (fin) del abecedario.

Le he contestado enviándole un revólver para que se pegue un tiro á beneficio de sus parientes, amigos y relacionados.

MELIÉN GONZÁLEZ.

El beso

¿Qué es un beso, preguntas?... El tránce es duro; y no sé cómo hacerme, te lo confieso: me ponen tus antojos en un apuro, porque no sé explicarte lo que es un beso.

Según dicen algunas, en eso sabios, y aducen, al decirlo, grandes razones, es el choque que tienen entre los labios, los fluidos que descargan dos corazones.

Más sucede que hoy todo se falsifica y se ven muchos besos adulterados: yo, claro es que he besado más de una chica; ¡pero esos fueron besos falsificados!

Besos donde el deseo su luz inflama, queman primero el alma, luego dan frío: ¡los primeros, ardientes como la llama!... ¡los últimos helados, como el hastío!

Con las explicaciones, pierdo la calma: no sé cómo explicarlo, te lo confieso; mas si me amas, cual dices, con toda el alma, ¿vas á saber ahora lo que es un beso!

Dija las enfadosas explicaciones á los que sentar quieran plaza de sabios, que no se explica un beso con oraciones ¡eso sólo se explica con cuatro labios!

No me esquiven los tuyos con cruel desvío ahuyéntense mis penas entre tus brazos ¡y reviva mi alma, muerta de frío, al calor de tus besos y tus abrazos!

Enero, 95

FRANCO DEL TODO.

Srta. María Dorticós

CIENFUEGOS

Bella como una flor que acaba de abrir sus pétalos, inteligente, instruida y educada, es María Dorticós un bijou de la alta sociedad de la perla del Sur. De ella podríamos decir con el poeta que "tiene todas las seducciones, por que es la seducción misma."

En el trato social, esta joven atrae con su afabilidad, arrastra con sus simpatías y su presencia en los salones es recibida con júbilo, por que al verla, se convence el hombre de que en la vida hay algo amable todavía.

EL FIGARO arroja á los pies de la señorita Dorticós las más entusiastas flores del elogio, en prueba de la admiración que le inspiran sus altas prendas.



CRONICA

No hemos dado aun el paso de una á otra estación, y ya se reanudan ciertas costumbres peculiares del verano.

Una de ellas son los paseos por el Prado. Todas las tardes, de cinco á seis, veréis discurrir grupos de familias á través de los cuatro parques que se extienden desde Neptuno hasta San Lázaro, á lo largo de esa anchurosa avenida que sombrean los álamos y laureles plantados en doble y simétrica fila.

Ya que los jardines del Campo de Marte han quedado para lugar de esparcimiento de nuestro mundo infantil, bien hacen las familias en proporcionarse sitio adecuado donde dejar trascorrir las horas vespertinas en el tranquilo placer de los paseos y de esas charlas que se entablan siempre en las reuniones al aire libre.

De todos los parques, el más favorecido es el que está enfrente al edificio de los Cuarteles de Presidios. El más favorecido por una serie de circunstancias: su situación tan pintoresca, el poseer bancos y el estar mejor atendido. Sobre esas circunstancias hay el aliciente de que todos los jueves y domingos la banda de música del Presidio alegre, durante algunas horas, el aspecto de aquella pesada mansión con los acordes de marchas, números de zarzuelas y trozos de óperas.

Esos paseos merecen fomentarse. Yo soy de ellos un partidario decidido, porque más de una vez, al atravesar bajo las frondas de uno de esos laureles, me ha sido dable disfrutar de la deliciosa contemplación de una figurita gentil que se asoma algunas tardes tras el barandaje de unos balcones á donde mis miradas se dirigen ansiosas de sentir el sol, el sol luminoso que centellea en una adorable cabellera del color de las mieses.

Honran nuestras páginas los retratos del distinguido é ilustrado periodista norte-americano Mr. F. R. Swift, director propietario de "El Herald" de Bridgeport y de su simpática y amable esposa, huéspedes hoy de la Habana.

Mr. Swift es un notable periodista y escritor de grandes vuelos que ha logrado con su inteligencia y esfuerzos levantar su periódico á una altura envidiable. Actualmente "El Herald" de Bridgeport tira 30 000 ejemplares, cifra fabulosa entre nosotros, mucho más teniendo presente que la localidad en que circula cuenta 80.000 almas. No deja de ser este un dato consolador para los que se asombran de que EL FIGARO en once años de lucha haya alcanzado una circulación de 4.000 ejemplares en una capital de 250.000 almas!

No sólo es Mr. Swift un periodista digno de estimación, sino un sportman completo, gran amigo de la caza y la pesca. Acaba de recorrer el estado de Florida, á donde llegó en su precioso yatch "Lela Bell." Observador sagaz, de sus impresiones floridanas dará cuenta en su periódico en una interesante narración de forma novelesca, que firma con el pseudónimo de *Nordek*.

En la Habana le ha servido de cicerone nuestro bien estimado amigo M. Carranza, el sportman más sportman de toda la Isla. Con tan agradable compañero no dudamos que Mr. Swift y su señora habrán pasado muy buenos ratos en este país.

EL FIGARO se complace en enviar á los distinguidos esposos Swift el testimonio de su consideración y anhela leer en "El Herald" de Bridgeport las impresiones de Cuba firmadas por *Nordek*.



SEÑORA F. R. SWIFT

No hemos carecido de fiestas durante la semana. Las ha habido en los salones, en las sociedades de recreo y en los teatros. A las de los salones señalaré sitio aparte para su descripción. Cuanto á



MR. F. R. SWIFT, DIRECTOR DE "EL HERALD" DE BRIDGEPORT

las restantes, la de los teatros han sido de un carácter particular y llegan ahora á esta crónica como el débil eco de uno de esos sucesos que parecen en la memoria á poco de haberse realizado. Tal acontece con la fiesta celebrada en el Gran Teatro de Tacón á beneficio de Ramiro Mazorra y que si ya es tarde para hacer su elogio, siempre habrá una preciosa oportunidad para el aplauso que mi pluma quiere rendir en loor de los artistas que como María D'Arneyro, Caridad Díaz Herrera de Hernández é Ignacio Cervantes, contribuyeron de manera muy ostensible y valiosa á su mayor lucimiento.

En las sociedades de recreo ha habido veladas tan interesantes como la que se efectuó el sábado en "La Caridad del Cerro."

La nueva Directiva puede ufanarse de haber comenzado sus gestiones señalando con un hermoso y brillante éxito la primera función que ha combinado.

* * *

Y ahora, en párrafos aparte, trataré de una fiesta muy simpática celebrada el miércoles en la elegante casa del señor Raimundo Cabrera, mi ilustre y muy querido amigo.

Graciella, la encantadora primogénita del notable letrado y escritor, era festejada en sus días por sus numerosas y distinguidas amistades.

Motivo fué esto de una reunión dalgiosa en la que se asociaban, para deleite de las horas y encanto de los ánimos, los atractivos imponderables del baile, de la poesía, del canto y de la música, como si ya no hubiera sido bastante para sentirse colmado de satisfacciones aquel desfile de bellezas que representaban, en torno de la delicada Graziella, sus buenas amiguitas Hortensia Del Monte, Herminia y Eloisa Saladrigas, Hortensia Delgado, Herminia Del Monte, Natalia Cabrera, Julia Pacetti, Mericia Del Monte y algunas más que han de sufrir ahora la omisión de una pluma harto olvidadiza.

La morada de los amables esposos de Cabrera se engalanó para el santo de la que es en aquel en aquel hogar el ángel de risueñas y puras alegrías. No es posible decoración más animada de aquella viva felicidad que la que hacía en el patio de la casa, senda que entre ramas y flores conduce desde la antesala hasta el comedor, y que aquella noche ofrecía un aspecto ideal iluminada por las multicolores luces de numerosos farolillos venecianos pendientes de los aleros del jardín.

Así, en una fuente de linfa clara y amoroso chasquido, como la que se alza en mitad del patio, encontró el bardo puertorriqueño, al divisar la luna temblando sobre la superficie de minúsculas ondas, la dulce inspiración que se produjo en las inefables estrofas de "La Visión de oro," estrofas que cobran encantos superiores cuando se oyen como yo las he oído, de labios de la señorita Patria Tió, gemela en la gracia, en la simpatía y en la inteligencia de la más espiritual de mis amigas, de la señorita Laura Nazario.

Para la bella festejada hubo obsequios muy valiosos de manos amigas. Hubieron también flores y versos, más para el alma de Graziella deben de haber sido de más intenso regocijo los votos de felicidad con que la saludaron todos los que en esa fecha estrechaban su diestra al despedirse de aquella *soirée* gratísima.

* * *

De la recepción del miércoles en el palacio de los señores Condes de la Mortera ya ha hablado, con sus frases y conceptos más galanos, la crónica elegante de la prensa diaria.

Ausente de esa fiesta, supla á todos mis informes la graciosa y simpática relación que á manera de misiva ha enviado desde las columnas de "La Discusión" la atildada pluma de Mario García Kokly á una bellísima y distinguida *mademoiselle*, privada de asistir á esa *soirée* por la enfermedad que retiene en cama á su respetable y bien estimado padre.

Dice así Mario:

"Srta. María Du'Quesne:

Ya que usted, mi bella y elegante amiga, no pudo lucir su gentileza en la recepción celebrada anoche por los señores Condes de la Mortera, yo cumplo gustoso mi oferta de referírsela, narrando su lucimiento y describiendo su brillantez.

Uno y otra han sido inusitados. En los amplios salones que decoran artístico mobiliario, una cohorte de damas distinguidas y una pléyade de señoritas encantadoras les convertían en terrenal paraíso: las Sras. Marquesas

de la Real Proclamación, Serafina Montalvo de Morales, Matilde Viñalet de Calleja, Aurora Rivera de Arderius, Amalia Conill de Pérez de la Riva, Teresa Barbón de Arcilla, Mercedes Hamel de Hamel.

María Antonia Calvo, Leonor Pérez de la Riva, Guadalupe y Mercedes Montalvo, María Góbel, Herminia Goncé, Herminia y Hortensia Delmonte, Nena Arcilla, María Montalvo, María Morales, María Jolí, . . . eran los nombres que constelaban la *soirée*, y que hacen ahora innecesarios los párrafos de elogio y las frases de alabanzas, que vivas y espontáneas, brotan de los labios y surgen de la pluma al recordarla.

Dos pianistas, en distintos salones interpretaron diversas piezas de cuadro y vals, y tanto á los acordes de las primeras, como á los del que ha llamado un poeta francés *vertigo cadencioso*, las horas transcurrieron ráudamente do un poeta francés *vertigo cadencioso*, las horas transcurrieron ráudamente pródigas en impresiones lisongeras, fecundas en recuerdos agradables."

* * *

Los salones en la semana:

El lunes, recepción en el palacio del General 20 Cabo.

El jueves, gran *soirée* en la preciosa quinta que en el Tulipán ocupan los señores de Santos Guzmán.

MATANCERAS

PARA EL FIGARO

En vista del reducido público que asistía á *Esteban*, solo tres funciones ha dado Roncoroni, de las que componían el abono. El domingo se puso en escena, como despedida, *La cabaña de Tom*.

Sentimos muy de veras lo ocurrido al simpático y querido Roncoroni, al que deseamos mejor suerte en Tacón, que según se dice, ha tomado por quince funciones.

El viénes debió haberse celebrado por segunda vez, en el *Liceo*, una junta general para elegir Junta Directiva, á causa de haber presentado sus renuncias algunos señores electos en la anterior.

La *Cruz Roja*, ya es un hecho en Matanzas. El domingo recorrió las principales calles una nutrida comisión compuesta de jefes, oficiales é individuos de las distintas secciones perfectamente uniformados, recolectando doscientos pesos próximamente. El carro de ambulancia, que iba con la comisión, es muy lujoso, y reúne todas las condiciones necesarias.

Tan pronto como se terminen las últimas obras, vendrá el Excmo. é Ilustrísimo señor Obispo á bendecir la estación.

Muy dignos de aplausos son los señores Francisco Casanova y Almeida y Ramón J. Palacios, iniciadores en ésta de tan humanitaria institución así como los que con entusiasmo ilimitado están realizando tan benéfica idea.

Hoy, domingo, se reunirán en la morada del Dr. José Valdés Anciano, varios discípulos de la sala Calleja, para realizar algunos asaltos. Entre los *amateurs* figuran, el maestro señor Calleja, y los señores Pinto, Escoto, Nodarse, Alsinas, etc.

Varios aficionados al divino arte de Coquelin, hicieron una segunda excursión, el domingo próximo pasado, al vecino pueblo de Alfonso XII, en el cual dieron una función á beneficio de uno de los centros de recreo. El recibimiento de los simpáticos *artistas* parece que no ha sido tan espléndido como la vez primera. Y como remate, uno de ellos, mi querido amigo Carlos A. Boissier, ha tenido que guardar cama durante algunos días.

¿Cuándo vuelven ustedes?

Se dice que tan pronto como la nueva Directiva del *Liceo* tome posesión ofrecerá una velada de carácter *intimo*, en la cual tomarán parte varias bellas y distinguidas señoritas de nuestra buena sociedad.

MARIO.

Los regalos de "El Figaro"

El magnífico juego de sala, estilo Luis XIV, que rifamos entre nuestros suscriptores por el sorteo de la lotería de esta Isla correspondiente al día 22 del actual, ha tocado en suerte al suscriptor D. Francisco Palacios Curry, vecino de Managua, á quien se le ha hecho entrega de los muebles, á su satisfacción.

Ya hemos dispuesto el nuevo regalo que consistirá en un espléndido escaparaté de nogal, de gran tamaño, con preciosas molduras y artístico remate, fabricado en el país. En sus hojas ostenta dos grandes espejos de lunas biceladas. Es un mueble de exquisito gusto que acredita á la gran casa de Borbolla, donde ha sido adquirido y digno bajo todos conceptos de nuestros favorecedores.

Dicho escaparaté se rifará entre los abonados de *El Figaro* de los meses de Febrero y Marzo por el primer sorteo de la lotería de esta Isla correspondiente al mes de Abril.

Debemos hacer constar para satisfacción de nuestros suscriptores de Cayo-Hueso que los recibos del mes de Enero que contenían los números para la rifa del juego de sala, no pudieron llegar á sus manos antes de la celebración del sorteo correspondiente, á consecuencia de haberse extraviado los primeros que se pusieron en correos con destino á dicho punto.

Hacemos esta aclaración en obsequio del buen nombre de nuestro celoso y diligente corresponsal en aquella localidad Sr. M. A. Zaldívar.

